

Discurso pronunciado en la ciudad
de Oaxaca el día 4 de octubre
de 1849, aniversario
de la promulgación de la Constitución
federal por el
C. Manuel M. Pasos

CONCIUDADANOS:

Si los legisladores antiguos acompañaban el acto augusto de la promulgación de sus leyes con aparatos y ceremonias capaces de producir el respeto y la veneración, que siempre deben ser su salvaguardia: si empeñosamente procuraban imponer a la imaginación, ya que no podían enseñar al entendimiento, y si los mismos gobiernos democráticos tuvieron necesidad de hacer intervenir a los dioses en la formación de sus códigos, para que el pueblo obedeciese con gusto los preceptos que él mismo se imponía; muy justo es que los oaxaqueños, llenos de patriótico entusiasmo en el siglo de la filosofía, cuando se han desvanecido aquellos prestigios auxiliares de la verdad y de la justicia, y cuando éstas se pueden presentar ante los pueblos para su examen y discusión, se reúnan para recordar, llenos de emoción y júbilo santo, el aniversario de la carta federal que los declaró iguales ante la ley, que de la humillante y oprobiosa condición de colonos, los elevó al rango de hombres libres, declarándolos con opción a ocupar los altos puestos del estado.

La prolongada y sangrienta guerra de nuestra independencia, los costosos sacrificios de mil esclarecidos patriotas, y la sangre de nuestro héroes derramada con profusión en los cadalsos, parece no bastaron para debilitar la constancia de los proclamadores de tan noble causa. El plan de Iguala puso término a esa desastrosa contienda, y aunque en los convenios celebrados por el jefe del ejército trigarante, poco aventajaba México, los hombres pensadores creyeron ver en aquellos un principio para acometer grandiosas empresas, fundados en la imposibilidad de poderse llevar al cabo lo estipulado. Hubo un mexicano que por extravío de razón, quiso enseñorearse en el nuevo mundo, ciñó a su frente la diadema imperial, y pretendió gozar de las ventajas que la civilización reserva al cuerpo entero de la sociedad. D. Agustín de Iturbide, declarado emperador de México por aquella exaltación hija de la gratitud, alumbró cual fuego fatuo el suelo de los aztecas: los destellos de su luz descubrieron a los mexicanos lo difícil de su situación, y

el voto unánime de los pueblos pidió, a voz en cuello, las reformas propias del espíritu del siglo. Las antiguas provincias facultan a sus mejores hijos para promover el bien de la patria, después de acaloradas discusiones en que la intriga, el aspirantismo y las miras de partido que tenían por objeto la vuelta de Iturbide, las unas, la centralización del poder las otras, y aun el retroceso a la esclavitud algunas, los Arizpes, los Zavalas, los Farías, como el vehículo de la opinión, unidos a los mexicanos amantes de las glorias de su patria, hacen triunfar la causa de los principios, y la nación adopta para su régimen el pacto federativo. ¡Causa santa! ¡Divino sistema! cuya existencia se halla identificada con nuestra nacionalidad, con nuestro glorioso porvenir y la dicha de las futuras generaciones.

Los hombres a cuyo cuidado se confió la marcha que debía adoptar nuestra patria, conocieron sus exigencias, consultaron la experiencia de los siglos, estudiaron los progresos de la razón y la marcha de los tiempos, y aprovechándose de errores pasados, resolvieron dar a esta parte del nuevo mundo un sistema gubernativo tan nuevo como él. Casi todos los mexicanos adoptaron con delirio la constitución que se les había dado, y protegidos en sus derechos caminaban presurosos a la cumbre de la felicidad, creyendo que la familia de Borbón había desesperado de la empresa de unir otra vez el nuevo al viejo mundo. Sus cálculos en esta parte no fueron exactos, porque a poco tiempo de hallarse regidos por el sistema federal, se presenta un puñado de aventureros mandados por su señor para volvernos a la antigua dominación. El general Barradas desembarca en las costas de Tampico; pero le fue bien cara su tentativa. Los mexicanos que odiaban el ominoso yugo de la opresión, que habían probado el dulce néctar de la libertad, y que estaban bien hallados con el régimen federativo, sienten arder en sus pechos el coraje republicano, se aprestan a la lid, y los estados todos de la confederación mexicana, se preparan a una resistencia vigorosa, contribuyendo entre todos al sostén de la independencia nacional. Barradas capitula porque desespera del éxito de su empresa temeraria, sucumbe al valor de las huestes republicanas, y el mundo entero recibe una nueva prueba de lo cara que es a los hijos de los aztecas su conquistada emancipación y de los sacrificios de que serían capaces por conservarla.

Esto, oaxaqueños, aconteció bajo el sistema federal, cuando los estados, dueños de su tesoro y pudiendo disponer de sus recursos, estaban en aptitud de contribuir conforme a sus circunstancias a la defensa de la integridad nacional. Veamos ahora, qué resistencia se ha opuesto cuando sustituido el odioso centralismo al adorado gobierno federal, se ha invadido nuestro territorio. Se perdió en 1838 el castillo de San Juan de Ulúa, nuestra principal fortaleza, ultrajándose el honor nacional y sujetándonos por la fuerza a pagar una cantidad considerable al gobierno francés. Después, una patrulla de americanos se paseó triunfante por los estados del interior, insultando con su detestable presencia el valor conocido y cien veces proba-

do de los hijos del Anáhuac. ¿En dónde estaba, compatriotas, el valor de los mexicanos en las acciones de Palo Alto, la Resaca y Monterrey? ¿En dónde los recursos que en otro tiempo prestaron los estados con santo entusiasmo para pulverizar a los súbditos de Barradas? ¿No fueron los mismos mexicanos o sus padres los que en 1829 defendieron la independencia de la patria? ¿Por qué, pues, tanta mutación? Yo os lo diré. Porque a la carta de 1824, había sucedido el odioso centralismo; porque los pueblos se habían cansado de ser el juguete de astutos cortesanos; porque se les había variado la forma de gobierno contra su voluntad expresa, porque al imperio de la ley se sustituyó por el de la fuerza de las bayonetas, estaba amortiguado el espíritu público; y porque los pueblos pelean, se mueven, se entusiasman por los goces sociales, por tener patria y garantías que les afiancen y les aseguren su libertad. Por ésta, sucumbieron trescientos lacedemonios en las Termópilas: por ésta, la Francia vio caer bajo la hacha del verdugo mil ilustres cabezas: por ésta, la Polonia ha perdido a sus mejores hijos; y por ésta, Roma desafía las bombas de Luis Napoleón y ve despedazar sus más gloriosos monumentos.

Recordad que después de invadida nuestra patria, apenas restituido el gobierno federal, los estados aprontan recursos, hacen marchar sus guardias nacionales, y las acciones de Churubusco y Molino del Rey dan a conocer a los americanos la diferencia que hay de pelear con los tiranos de un pueblo, a hacerlo con los hombres libres, con los verdaderos defensores de la sociedad. No se crea por eso que mi ánimo es deprimir a la honrosa clase militar: en ella existen hombres dignos de pertenecerle y de empuñar las armas en defensa de la nación. A éstos no se dirigen las quejas de la patria, ellos hicieron cuanto estuvo en sus alcances para sostener la integridad de su territorio; pero lo cierto es que si el sistema federal no se restablece a los estados, y con la recuperación de los derechos perdidos no se excita el entusiasmo de los mexicanos, no se le ve una sola vez la espalda al enemigo.

Compárense las épocas de la nación bajo el régimen federal y bajo los otros gobiernos que le han sucedido, y se observará grandeza y esplendor en el uno, sus milicias cívicas bien equipadas, satisfecha la lista civil; y en los otros, recuérdese la desnudez del ejército, la falta de puntualidad en el pago a los empleados, la miseria y el abatimiento por todas partes. Tráigase a la memoria la gloria adquirida en los combates bajo el sistema federativo, la mengua y baldón en que se ha visto envuelta bajo el poder militar o centralismo, y dígame en conclusión, si la existencia de la Constitución de 1824 está o no identificada con la nacionalidad de México, sus progresos y felicidad.

Una nación tan extensa en su territorio, con diversidad de climas, diferente carácter en sus habitantes, y en éstos tan extrañas y multiplicadas urgencias, ni puede ni ha podido jamás estar perfectamente gobernada, sino

por medio del sistema federal. No faltan mexicanos ilusos que pretenden el establecimiento de una monarquía en nuestro territorio, cuando en él, ni existe alta nobleza, ni aquella aristocracia que forma los escalones al trono y que le sirve de apoyo.

Las monarquías en Europa se encuentran aclimatadas por la serie de siglos que cuentan, por los hábitos de veneración y respeto a los nombres históricos de que están llenos los anales de sus pueblos. ¿Qué parecería entre nosotros una nobleza improvisada? ¿De dónde tomar los personajes, cuyos nombres ni siquiera se encuentran en nuestros diccionarios políticos? Napoleón con todo su poder y sus glorias, jamás pudo hacer un noble, cuyo origen no llevase consigo la nota de su reciente fecha, a pesar de que hablaban en favor de ellos los hechos los hechos memorables de Marengo, de Austerlitz, de Jena y el nombre mágico del soldado del mundo. Y ¿qué diremos del establecimiento de una monarquía en México, precisamente en circunstancias en que la voz sonora de *libertad* resuena por los cuatro ángulos de la tierra? cuando a su imperio irresistible vacilan los antiguos tronos de la Europa, y la misma Roma quiere reconquistar su poder sosteniendo la república sobre los escombros del despotismo, abjurando añejas preocupaciones, y presentándose como digna sucesora de la que en otro tiempo diera lecciones de libertad al mundo entero? ¿Qué diremos al ver despedazado el trono de un rey, que para mendigar el solio tuvo que apellidarse rey ciudadano? ¿Será posible, repito, que cuando el antiguo continente, cediendo a la ilustración, los tronos convierte en repúblicas, los mexicanos pretendan dar al mundo el ridículo espectáculo de retrogradar a tiempos pasados, y sustituir un trono a la república? Sólo la tiranía calculada de nuestros antiguos dominadores pudo intentar se gobernase tan inmenso territorio por unas mismas leyes, a pesar de la diferencia enorme de climas y costumbres. ¿Qué relaciones de conveniencia y uniformidad puede haber entre el suelo abrasador de Veracruz, y las heladas montañas de Nuevo México? ¿Cómo pueden regir las mismas leyes a los habitantes de Sonora, que a los de Yucatán y Tamaulipas? La inocencia y candor de las poblaciones interiores, ¿qué necesidad tiene de tantas leyes criminales sobre delitos e intrigas que tal vez no conocen? Para unos pueblos bastará un código de diez artículos, a la vez que para otros será necesario mayor número, porque es diversa la localidad, diversos los usos, diverso el carácter, y diversas las costumbres de cada uno de los estados.

Es, pues, incuestionable que el sistema federativo es el más adecuado a las circunstancias de la nación.

Apenas sustituyó a tan precioso sistema el odiado centralismo, cuando en Tampico, en las Chiapas, en Tabasco, en nuestro estado, y aun en el mismo palacio de los supremos poderes, se solicita su restauración. Montenegro, Gutiérrez, Martínez, Acevedo y Urrea proclaman tan justa causa, y cada uno de los lugares en que se enarbola su estandarte augusto es testigo

de la heroicidad de sus preclaros defensores. En Acajete se inmola al mártir de la federación, al virtuoso patriota José Antonio Mejía: su cobarde rival, no tiene valor ni aun para verlo, y asegura con aire de triunfo, que en aquel lugar, depositario de tan preciosas cenizas, se había sepultado con ellas la carta de 1824. Gutiérrez fue arrastrado a la cola de un caballo y presentado a su infame vencedor para que saciase su saña. En la Mixteca también se enarbola el estandarte federal, y si el aspirantismo poco disimulado de algunos no pone en juego intrigas rastreras que dividieran a los jefes, deponiendo en Etna al que le sirviera de obstáculo, Oaxaca tiene la gloria de restituir a la nación su carta querida. Acevedo, Castañeda y Martínez expiran en un cadalso por haber reclamado los derechos del pueblo. Flores, Aldeco, Castellanos, López, y más de doscientos oaxaqueños sucumben peleando denodadamente, y exhalan sus últimos alientos invocando la federación. Más de quinientos de nuestros hermanos son hechos prisioneros, y conducidos a las cárceles para destinarlos después a los cuerpos del ejército, porque tan valientes ciudadanos merecieron la admiración y los elogios del mismo que con intrigas y no por el valor, había conseguido triunfar sobre ellos. Llegué, vi y vencí, fueron sus palabras al participar el éxito de la empresa que se le había encomendado; pero ante el enemigo de nuestra nacionalidad, ante quien debiera mostrar bizarría y denuedo, no hubo sino vergonzosa cobardía y actos de punible inmoralidad. El general Canalizo, el más cruel verdugo de nuestros hermanos, huye despavorido en el ataque de Cerro Gordo. Allí no llegó, vio y venció, porque allí no hubo intriga, porque allí no estaba el traidor Rendón, y porque allí no se trataba de una guerra fratricida, sino de conservar la independencia de la patria.

Permitidme, compatriotas, este triste desahogo, porque los que murieron en Etna eran mis amigos, mis camaradas, nos animaban unas mismas ideas, un mismo deseo era el mío y el suyo. Su sangre preciosa fue inicua y cruelmente derramada, con especialidad, la que se vertió en el patíbulo fríamente calculado, donde inmolaron sus vidas los heroicos Acevedo, Castañeda y Martínez. Estas cruentas ejecuciones, sin formalidad alguna, no son más que criminales asesinatos, hágalos quien los hiciera. Las leyes, la moral, la filosofía y el espíritu del siglo las reprueban altamente. ¡Dios perdone a todos los que en ellas intervinieron, a los que de aquí mismo azuzaron al exaltado jefe que las ordenó!

Oaxaqueños: los cruentos sacrificios de Gutiérrez, Mejía, Acevedo, Castañeda, Castellanos, Aldeco y de tantos otros buenos mexicanos, son el testimonio más irrefragable del amor que se profesa en la nación al sistema federal. Ellos con su heroicidad, conquistaron una hermosa página en nuestra historia: imitad su noble ejemplo, oponiéndoos con todos vuestros esfuerzos a los que quieran arrebatarnos, no ya la federación, sino hasta las formas republicanas. Con descaro se predicán doctrinas antiliberales en el centro mismo de la República. Con desfachatez se ha pintado el pacto fe-

derativo como un aborto infernal, y a la soberanía del pueblo como un absurdo. Los monarquistas, regenteados por el asesino de la ilustre víctima de Cuilapan, se han descarado, ciudadanos, creen que llegó el momento de traernos a su príncipe. ¿Y permaneceréis, compatriotas, fríos espectadores de tan criminal audacia? ¿Y seréis indiferentes a una propaganda tan contraria a los intereses de México, a su bien y prosperidad? De ningún modo, porque circula en vuestras venas la sangre de los que supieron conquistar su independencia y libertad: sois hijos de aquellos heroicos patriotas que tremolaron el estandarte mexicano en mil fortalezas enemigas. No quedarán burlados tantos nobles esfuerzos: no serán ilusorias tantas penalidades y sacrificios. La libertad y la república, la federación y nuestra soberanía serán sostenidas por esas bayonetas que veis relumbrar, y por los brazos todos del que se glorié de ser oaxaqueño. Yo así lo creo, y si me engañaré por desgracia, permitidme que en tan solemne día tenga esa grata ilusión. No lo será ¡vive Dios! porque ya la experiencia nos ha demostrado lo que es ser indolentes. Real y positivamente cada oaxaqueño será un soldado; pero qué digo, un héroe, siempre que de nuevo sea atacado el pacto federal.

Bueno que dejemos opinar a los monarquistas a su manera, porque el tolerantismo es inseparable del verdadero republicano; pero cuando se trate de ser libres o esclavos, no haya en todo pecho digno del nombre oaxaqueño más que un sólo sentimiento, y que en todos arda el fuego sagrado que condujo a Hidalgo al patíbulo y a Mejía al cadalso.

Desterrad todo egoísmo criminal, precursor de la muerte de las naciones, y ocurramos al llamado de la patria siempre que se encuentre en peligro. ¿Qué es ella sino nuestra madre común que nos hace disfrutar? Si un sólo hombre en el conflicto es acreedor a nuestros auxilios, ¿cómo no lo será la reunión de todos los que forman la sociedad a que pertenecemos? Reconcentrarse en sí, y olvidar las consideraciones, la benevolencia y cuidados debidos a los otros, sería aborrecerse el hombre, dice un célebre escritor: y yo añado, que si queremos ser dichosos, procuremos que todos gusten de los frutos de la libertad, y que nadie por ser quien sea, se sobreponga a los demás, sino que iguales ante la ley, las virtudes republicanas nos hagan acreedores a la supremacía.

No hay más rey que el pueblo ni más soberanía que la de la nación. Demostrad esa verdad a los que atacan estos principios, con la fuerza que forma la unión, particularmente de los que profesamos unas mismas doctrinas, tenemos las mismas ideas políticas y somos federalistas de corazón.

Unión, oaxaqueños, de todos los que pertenecéis a esas filas respetables, porque perdido el sistema, un amo nos sojuzgará a todos. Dejad a un lado pueriles rencillas, y no tengamos más que un sólo pensamiento, un sólo deseo, una sola causa, la de la carta de 1824. Un descuido del poder militar nos hizo poseedores, ahora hace veinticinco años, de tan inestimable bien: otra vez perdida, no la volvemos a restaurar, porque sus astutos y mañeros,

adversarios nos lo impedirán con doble esfuerzo, con triplicado empeño que la vez pasada.

Yo os conjuro, gobernantes y súbditos, a nombre de la patria, para que os pongáis en guardia, para que el combate que pronto tendrá otra vez la federación, os encuentre listos a resistirle. No os equivoquéis. Bien nos han dado a conocer los sucesos, y sobre todo, los intereses de cada y cual lo presentan como debe ser. El pueblo no ha de querer ser esclavo. Los hombres de los privilegios no sólo los han de querer retener, sino que han de pretender vuelvan éstos a sus antiguos ensanches. La próxima lucha será tal vez la última entre lo viejo y lo nuevo, entre los siglos que pasaron y entre los que aparecen e imperan. Que veamos reinar a los principios liberales en toda su extensión. Que mi patria sea el pueblo más democrático del universo, y que la federación reine en ella para siempre, haciéndola libre, grande y feliz.— HE DICHO